

Neo-malfusianismo y nafañidad

Ya en el año 1880, el genial pontífice León XIII dijo en su inmortal encíclica "Arcanum Divinae Sapientiae" que "Nadie debe admirarse si de estos conatos insensatos e impíos, nace un sin número de males, los más perniciosos a la salud de las almas y al bienestar de la república".

Palabras proféticas, pues, si en aquel entonces sólo eran conatos, insensatos e impíos, hoy en día se han generalizado, en forma alarmante y abrumadora, las prácticas anticoncepcionales y los fraudes en el matrimonio, el sacramento grande como lo llama San Pablo. Las perspectivas y las consecuencias no pueden haber sido más desastrosas, pues las estamos palpando día a día. Esas palabras han sido realmente proféticas, pues, los pueblos del mundo no oyeron su voz, y han nacido y se han multiplicado, en forma inquietante, los males que ponen en serio peligro la salud de las almas y el bienestar de la república.

A pesar de que la Iglesia, celosa guardiana del tesoro espiritual de la humanidad, ha vuelto a levantar su voz y ha vuelto a llamar la atención del mundo entero, en forma precisa y magistral, con la imperecedera "Casti Connubii", del gran Pío XI, en este asunto de palpitante importancia tanto para la familia como para la sociedad y para el Estado, asunto que no sólo afecta la salud de las almas, sino también la salud material del género humano, el mal cunde rápidamente y parece como si una araña monstruosa y repugnante fuera tejiendo sus redes y fuera aprisionando a toda la sociedad, pues ni la de los medios rurales más sanos moralmente, ni las naciones que han defendido su acervo espiritual y moral como un tesoro de valor incalculable, se ven libres de esta nueva peste que azota con más vigor y destruye más seres humanos que todas las epidemias sufridas por el mundo en el correr de los siglos.

El castigo de Dios está patente, pues todas las prédicas del individualismo del siglo pasado para hacer de la vida humana un

paraíso sin dolores y sin penas, para hacer una raza más fuerte y más optimista, para hacer al estado más poderoso y más rico, para hacer una humanidad sin pobres, sin desvalidos, sin tarados, sin débiles mentales, toda esa propaganda, toda esa campaña formidable, llevada como dice el Santo Padre "no de un modo solapado, no en la obscuridad, sino también en público, depuesto todo sentimiento de pudor, lo mismo de viva voz que por escrito, ya en escenas con representaciones de todo género, ya por medio de novelas, de cuentos amatorios y comedias del cinematógrafo, de discursos radiados, en fin, de todos los inventos de la ciencia moderna, se conculca y se pone en ridículo la santidad del matrimonio, mientras que los divorcios, los adulterios y los vicios más torpes son ensalzados o al menos vestidos de tales colores que aparecen libres de toda culpa y de toda infamia".

Toda esa campaña premeditada y trazada con singular maestría y a la que la medicina pseudo-científica le prestó en repetidas ocasiones su ropaje para que apareciera con cierto valor, todo eso, se ha vuelto en contra y hoy asistimos a las implantaciones de leyes y disposiciones legales, que tienden a aumentar la procreación en el género humano, llegando algunos estados paganos o paganizados a proponer y propiciar la fecundación de toda mujer en condiciones de ser madre, a fin de dar más soldados a la patria y más entes para el maquinismo moderno en un afán desmedido del endiosamiento del Estado. Estas disposiciones llevarán, fatalmente, a la mujer, que dignificó el cristianismo, a la posición de ser una máquina de fabricar hombres, sin derechos, sin las satisfacciones íntimas de su espíritu y cargada de deberes; es decir que, al cabo de más de 20 siglos, volvemos a las mismas disposiciones de la Grecia pagana, que se creyeron desterradas para siempre después del advenimiento del cristianismo al mundo.

Los pueblos que se olvidan de Dios, las naciones que lo suplantán en el poder espiritual, las sociedades que se apartan de sus mandatos, fatalmente caen en el más abyecto paganismo y, ante el cuadro pavoroso que presentan, no tienen otro medio, para intentar levantar sus índices de natalidad, que recurrir a medidas de esta índole, que no dan ningún resultado, como lo prueban las últimas estadísticas. Italia, que ha adoptado disposiciones completamente contrarias a las expuestas, premiando las familias más prolicuas, imponiendo impuestos a los solteros, no ha conseguido modificar su descenso de la natalidad. El mal es

mucho más profundo, el mal es moral, discrepando con la apreciación de Marañón, que lo hace aparecer como un acto subconsciente de defensa, ante la perspectiva que el caos actual trae en el espíritu de los hombres.

Se ha conculcado la fe y, sin fe, la humanidad no es más que un rebaño que se rige por sus instintos puramente materiales, sin un reflejo de espiritualidad en sus actos. El remedio no se conseguirá por medio de disposiciones punitivas; el remedio hay que buscarlo en lo espiritual, es decir, volviendo la sociedad por los senderos del bien y del deber. No hay otra forma de salvarla del peligro que la acecha. Josué Quesada, comentando las conferencias dadas en este verano por Monseñor Gustavo J. Franceschi, en el Club de Mar del Plata, consigna lo siguiente: "Nuestra sociedad atraviesa un período de honda crisis moral, de la cual le costará mucho reaccionar. Se han subvertido los valores en forma tal, son tan profundas las raíces de su mal, que tal vez no resulten eficaces las "cataplasmas" de palabras... Será el caso de pensar en otro remedio más eficaz y contundente".

Este es el cuadro que presenta la humanidad en nuestros días, en vías de ser paganizada totalmente; sólo a grandes rasgos lo he esbozado y es consecuencia del incumplimiento de la ley, de la santidad y de la castidad del matrimonio.

La limitación de la natalidad, falseando el fin primordial del matrimonio, es un medio eminentemente pagano y materialista. El matrimonio fue instituido por Dios bajo la doble finalidad de dar al hombre un complemento digno de su vida, ya que dijo, según el Génesis, "no es conveniente que esté solo", y de llenar la tierra de hijos, que le adoren, le reconozcan y le sirvan, al darle a nuestros primeros padres el mandato del "creced y multiplicaos".

Más aún, Dios, en su infinita sabiduría y poder, pudo crear una forma distinta para la propagación y perpetuación de la especie humana, pero no lo quiso sino que dispuso que el hombre, hecho a su imagen y semejanza, cooperara en su obra, participara en forma precisa en uno de los más grandes atributos de su divinidad: la creación.

¿Pero ha valorado el hombre esta magna cooperación que Dios le pide en el infinito poder de crear; ha pesado la enorme responsabilidad que representa para él ser un coadjutor en esta

empresa grande y noble? No, no ha valorado ni ha pesado la responsabilidad, al negarse con pleno conocimiento a esta coparticipación con su creador, al propiciar y adoptar medios que contraríen esa función primordial del matrimonio: la procreación de los hijos.

Desde la antigüedad, el mismo espíritu de rebelión que resonara con anterioridad a la creación en los cielos, se ha inculcado en el hombre, al negarse a participar en la misión de dar un nuevo sér al mundo, haciéndolo refractario al mandato más grande de perpetuar la especie, de perpetuar la fe, de perpetuar el amor y el reconocimiento a su supremo Hacedor. Yá Platón y Aristóteles se preocuparon profundamente de la desnatalidad de la Grecia, y Roma, en el auge de su apogeo y de su gloria, también sintió este mal terrible que corroía sus entrañas, y dictó la famosa Ley Poppea Augusto, sin ningún resultado, sin conseguir levantar sus índices de natalidad.

El advenimiento del cristianismo, con su moral, con su mejoramiento en las costumbres y con otro concepto sobre la vida, hace desaparecer la idea egoísta de la limitación de los nacimientos, que había cundido, en forma alarmante, en la decadencia del Imperio Romano. La edad media, la edad de la profunda fe cristiana, la edad de los santos y de los conquistadores, es la que inicia la progresión de natalidad, hasta alcanzar las cifras anotadas con respecto a la raza blanca, que llegan en 1770 a 155 millones para culminar en 1930, con 700 millones. (Revista de Economía Argentina, Buenos Aires, N° 259 y 260).

Este es el fruto de las doctrinas que en aquella edad se hicieron carne en la humanidad y que fue borrando paulatinamente el espíritu rebelde de la reforma luterana, doctrinas que nos dan una pauta sobre el valor de las enseñanzas de la Iglesia.

La relajación de las costumbres, la pérdida de la fe, han traído un quebrantamiento del verdadero sentimiento del deber, lo que se puso de manifiesto con la reforma del siglo XVI, como lo dije anteriormente, ya que la moral es, según ella, accesible a todas las desviaciones del libre examen.

Mal-tús, el oscuro pastor protestante del siglo XVIII, es el iniciador de la nueva escuela que tantos males ha traído a la humanidad y cuyas consecuencias no pueden ser valoradas en toda su magnitud, pues escapan a la capacidad del hombre.

Basado en cálculos únicamente económicos y sin ninguna base científica, expuso en su obra "Ensayos sobre el principio de la población", que el acrecentamiento de ésta se hacia, siguiendo una progresión geométrica, cuyo coeficiente está representado por 2 y el período por 25 años. Pero la producción se hacía sólo en una progresión aritmética, vale decir, que al cabo de cierto número de años, (que para Knibbs sería 100 años para Marshall 200 y para East tres generaciones), la población mundial habría aumentado en una proporción tal que sería imposible abastecerla con la producción que podría dar la tierra. Aconsejaba, para disminuir la natalidad, la castidad en el celibato y el retardo voluntario en el matrimonio. (Guchteneere, "La limitación des Naissances". Gahiel Déaudeche, París, 1931, pág. 39).

Los hechos posteriores vinieron a dar un rotundo desmentido a esta premisa, pues la observación más completa de la economía mundial, en los últimos tiempos, y el progreso alcanzado por las industrias, han hecho ver la falsedad de la teoría maltusiana, pues el crecimiento vegetativo de la población, en un período comprendido entre 1895 y 1912, por ejemplo, es de un 12%, mientras que, en el mismo período, la producción mundial de trigo tiene un aumento de un 45% y el maíz de un 43%, por no citar más. Como se puede deducir de estas cifras, la producción no está regida por leyes tan simples como las enunciadas por Maltus. Pero el mal ya estaba hecho, la mala semilla sembrada y no tardaría en dar sus frutos: se cumplía, una vez más, la parábola del Maestro, cuando se refiere al sembrador que arroja la cizaña en el campo de la mies para que ésta sea destruida por aquélla, parábola citada por el Padre Santo en la encíclica que comentamos.

Como lógica consecuencia, siempre que se abre una puerta, siempre que al dique que mantiene frenadas las pasiones se le hace una brecha y se busca una justificación humana al desfreno de las mismas, aparecerán, inmediatamente, en todas partes, los propiciadores del sistema maltusiano; pero ya no en la forma establecida por su fundador, sino disminuyendo la natalidad sin la castidad, como lo imponen las leyes de la moral y la misma Iglesia propicia en determinadas circunstancias.

La teoría se propagó rápidamente, sobre todo en los pueblos anglo-sajones, pasando después a los pueblos de raza latina. Su

libro produjo verdadero revuelo, hubo fervorosos defensores y esforzados paladines que lo contradijeron y reprobaron, pero la mala semilla sembrada, empieza a dar sus frutos, y como dice Raúl de Guchteneere en su libro "La limitación de los nacimientos", todos los economistas del siglo XIX, fueron maltusianos. El medio no podía ser más aceptable: la continencia; pero, como dice Hawthorn, cometía una grave falta contra la providencia, al invitar a la sociedad a infligir un deber: la fecundidad.

La teoría fue pronto desvirtuada y podríamos decir, desnaturalizada, porque sólo se persiguió, sólo se buscó la limitación de la natalidad, pero sin ningún control, dando rienda suelta a todas las pasiones del hombre, transformando el matrimonio, institución divina, con un fin propio: la procreación, en un simple comercio carnal despojándolo del acto creador que Dios participa al hombre. Nació, pues, como lógica consecuencia de esta desvirtuación el neomaltusianismo, la escuela más completa en el sentido de la sensualidad, haciendo ver que sólo le corresponde al hombre la satisfacción de sus instintos sensuales, sin la carga de los hijos y sin la obligación de su educación y formación. Los apóstoles de esta nueva doctrina enseñan que la continencia es un medio quimérico para detener la natalidad y difunden entre las masas que es necesario esterilizar el comercio carnal. (Hart-horn).

Drysdale es el precursor de esta nueva escuela que traiciona el concepto del maestro; pero la nueva concepción apenas adquiere su personalidad y difusión con motivo de un famoso proceso, el proceso Bradlaugh-Besant, que apasiona a toda Inglaterra. Los datos de resonancia que éste tuvo, los da la cifra consignada en las noticias de la época, de que se reunían más de 20.000 personas en los alrededores del local donde estaba reunida la corte que entendía en el proceso. Esto sucedía en Londres en el año 1877.

(El proceso fue a raíz de la publicación de un libro donde se consignaban una serie de métodos anticoncepcionales, libro que fue tachado de inmoral. La corte lo conceptuó así, ordenando el secuestro de la edición).

Así como los principios fisiológicos del sér, la nutrición y el reposo, no son reglados por nada, y se busca la forma de satisfacerlos a la perfección para conservar la salud del individuo,

sin ningún control y sin ninguna limitación, salvo los que la misma naturaleza impone, así también, la función genésica sólo debe ser encerrada dentro de los estrechos límites que la moral le dicta y que los mandatos de Dios prescriben claramente.

Pero era necesario, para encubrir, o, mejor dicho, para justificar las prácticas neo-maltusianas, buscar otra forma y apareció el Birth-Control o la limitación de los nacimientos, preconizada por Mis Stopes, en Inglaterra y Mis Sanger, en América del Norte.

"El Birth-Control es una consecuencia lógica del neo-maltusianismo; había que dar un aspecto distinto a la cuestión, había que buscar otro justificativo a la conducta, al respetar todas las conveniencias sociales bajo el manto legal del contrato individual, mal llamado matrimonio: se propiciaría la esterilización voluntaria, con todos los placeres, pero sin ninguno de los riesgos".

"Propiciado este sistema, se funda en Londres la primera clínica del Birth-Control, donde deben concurrir las madres o esposas a recibir instrucciones sobre la forma de evitar la concepción. Actualmente estas clínicas: "The Mother's Clinic", se han multiplicado, pasan a la América y pronto el mal cunde y se establece en Alemania, Suecia, Dinamarca, Holanda y en el Oriente. La estadística de una de ellas es suficientemente clara, pues publica en su memoria anual que durante el año 1930 han concurrido 5.000 mujeres a recibir la debida instrucción, cifra por demás elocuente y que exime de todo comentario, y, en el año 1931, sólo en Inglaterra funcionan más de 20 clínicas donde millares de mujeres concurren a las consultas. Conjuntamente con estas fundaciones, se editan folletos, revistas y periódicos que inundan los medios rurales y obreros, se reúnen congresos a los que concurren delegados de casi todos los países del mundo". (El último del que tengo datos es el que se reunió en 1931 en la ciudad de Zurich, con la asistencia de más de 600 delegados de todas las naciones del mundo). (Guchteneere, libro ya citado, págs. 67 al 65).

He de consignar aquí sus fundamentos, siguiendo a Guchteneere en su libro ya citado, "Control de los Nacimientos", porque si bien es una escuela que hizo la mayor parte de sus adeptos en los pueblos anglosajones, no podemos negar que entre nosotros

se ha infiltrado también su tesis y se echa mano de los mismos argumentos para las prácticas anticoncepcionales.

Su doctrina, resumida, se puede exponer en cuatro puntos: 1º La limitación voluntaria de los nacimientos es necesaria para salvaguardar la salud, la dignidad y la vida de la mujer, comprometida por embarazos repetidos y no deseados, lo que traerá como efecto la disminución de las enfermedades y de la mortalidad infantil, que son debidas a las existencias de familias numerosas. Este es el argumento médico. 2º Además, los nacimientos menos interesantes de la población, se multiplican rápidamente, mientras que las clases superiores se reproducen lentamente; la disminución de los nacimientos se impone para restablecer el equilibrio, para asegurar el porvenir de la raza y salvar a la sociedad de la gran cantidad de indeseables, cuya manutención es exagerada para los pueblos. Este es el argumento eugenésico. 3º Las familias numerosas son generalmente pobres. El Birth-Control sólo luchará eficazmente contra la miseria de las clases laboriosas, reduciendo su natalidad; así aumentarán su bienestar y tendrán una parte de la felicidad a la que también tienen derecho. Este es el argumento económico. 4º El Birth-Control tiende a aumentar el bienestar del individuo y de la colectividad; él refuerza los lazos conyugales, disminuye los divorcios y los abortos, eleva la salud y la dignidad de la mujer, en fin, una serie de intereses, los más esenciales para la sociedad y la raza, de lo cual se puede colegir que el Birth-Control es moral y recomendable. Este es el argumento moral.

Como se ve, los fundamentos de esta escuela, alcanzan todos los aspectos, desde el económico al moral, y es por eso que he querido exponerlos, porque son los mismos del neo-maltusianismo nuestro.

No podría, por razones de tiempo, analizar cada argumento, pero creo necesario rebatir cada uno de ellos en forma sintética, anteponiendo el concepto católico.

El argumento médico de que con el Birth-Control disminuyen las enfermedades y la mortalidad infantil es inexacto, ya que sabemos que esta disminución, que se ha observado es debida únicamente a los progresos de la higiene y de la educación popular. La comparación de las tasas de natalidad de diferentes países permite descartar toda influencia de esta última sobre la

mortalidad infantil en la primera edad; así, Francia, con una natalidad del 18 por mil, tiene una mortalidad del 97 por mil, mientras que Holanda con una natalidad del 24 por mil, tiene una mortalidad infantil del 94 por mil. La segunda parte de este argumento, relativa a la salud de la madre, no resiste la crítica científica más leve. La maternidad es una función normal y fisiológica, más aun, necesaria, y son mayores los peligros en la salud de la mujer que usa o pone en práctica estos medios, que la que tiene su hijos normalmente.

El argumento eugenésico es uno de los más interesantes, porque ha servido de base para que se dicten leyes sobre esterilización de anormales en Europa y en América, leyes inhumanitarias, que contrarían derechos inseparables de la personalidad humana, basándose solamente en los caracteres somáticos del individuo, desconociendo que el hombre es un complejo espiritual y animal, desconociendo que no se pueden usar con él los mismos sistemas que se practican para el perfeccionamiento de las razas animales. Cuántos hombres defectuosos físicamente no han causado admiración y han perpetuado su nombre a través de la historia; ahí están hablando a los eugenistas, Esopo, Beethoven, etc., por no citar más. Cuántos físicamente normales son tarados morales, cuántos de éstos, que no han caído en manos de la justicia, encierran en sus almas los vicios más abominables y cometen sus delitos impunemente. ¿Cuál será más terrible para la humanidad, la descendencia de unos o de otros? ¿Cuántos de los que constituyen las clases dirigentes o de los que se titulan como tales, son más degradados moralmente que muchos pobres o pordioseros?

La personalidad humana, compleja, necesita ser analizada ampliamente, no sólo bajo el prisma materialista; el alma humana es una incógnita que sólo Dios conoce a fondo.

La herencia. Ahí es donde se basa todo este formidable edificio, pero los estudios hechos en los medios de higiene mental de Norte América, son suficientemente claros. La asociación central de enfermedades mentales de Weslfa, después de investigar sobre 34.000 casos, sostiene que la esterilización no es una medida de protección ni para los anormales ni para la sociedad, y la Academia de Medicina de Nueva York declara por medio de su comisión de higiene pública, que la esterilización no ha de tener

grandes progresos, debido a que la opinión concerniente a la herencia de ciertos trastornos mentales son muy divergentes, no habiendo aún una opinión exacta de los especialistas a este respecto.

La Iglesia no es contraria a la eugenesia como creen algunos; ella propicia la unión en estado de pureza de los cónyuges, restringe las uniones entre consanguíneos y exige que se vaya al matrimonio en ciertas condiciones y que se persevere en él, cumpliendo estrictamente con la fidelidad conyugal. Si la humanidad hubiera respetado los preceptos del decálogo y se hubiese ajustado a las normas de la Iglesia, la humanidad no tendría, hoy en día, ese saldo trágico de débiles mentales que es una característica de la época.

El tercer argumento, el argumento económico, ya ha sido rebatido al considerar en general al Maltusianismo, pero he de decir dos palabras más al respecto. La economía actual, basada en el más puro egoísmo, ha traído como consecuencia la pobreza de las masas y así observamos el hecho paradójico de que, cuando la humanidad ha alcanzado el mayor grado de progreso, es cuando hay más hambre y más miseria.

La honda crisis económica que soporta la humanidad desde hace un largo período, que, en vez de tender a mejorar, va cada día en aumento, tiene como uno de los factores preponderantes, la desnatalidad; la paralización del crecimiento demográfico que se ha observado en la década 1930 a 1940 y que, según los cálculos hechos, empezará a descender, tiene como consecuencia la baja tasa de la natalidad y pronto se presentará el problema del número de los que consumen y no producen por haber llegado a los límites de la edad y de la escasez de elementos que los suplanen en el trabajo. Se convertirá la pirámide, de ancha base de nacimientos, con un vértice inferior de inútiles para el trabajo, en la urna funeraria, con base inferior, según la feliz expresión del ingeniero Bunge en su notable trabajo "Esplendor y decadencia de la Raza Blanca". (Rev. Económica. Arg. N° 259—260. Buenos Aires).

El argumento económico, como uno de los más sólidos de la campaña del Birth-Control, ha merecido del Santo Padre especial atención ya que dice en la última parte de la Encíclica que

comentamos: "es necesario que se establezca un régimen económico y social, en el que los padres de familia puedan ganar y grangearse lo necesario para alimentarse a sí mismos, a la esposa y a los hijos, según su clase y condiciones".

El argumento moral arranca a mi carácter de laico su análisis, sus fundamentos y su refutación, pero de todos modos, de lo dicho se puede colegir que el Birth-Control, como el Neomaltusianismo es eminentemente inmoral y va contra preceptos bien claros de la moral cristiana.

Y, por último, el otro mal que caracteriza a nuestra época, es el aborto criminal, es decir, la anulación de la vida del ser cuando se encuentra aún en el claustro materno. Crimen abominable que merece el castigo más severo por la doble finalidad que encierra. Todo lo que se diga y se escriba sobre este terrible crimen es poco, pero la sociedad permanece impasible, hace caso omiso de las amonestaciones. El crimen está a la orden del día sin distinción de clases sociales, es un hecho corriente en la vida de las familias. Yo, como médico, no puedo menos que levantar mi voz de protesta por tan inicuo acto. Pero esta sangre inocente clamará al cielo un castigo, y éste vendrá, no lo dudemos, sobre los que lo practican y sobre la sociedad que lo tolera.

A grandes brochazos he enfocado todos los conceptos en que se funda el concepto materialista de la limitación de la natalidad

Todas estas escuelas tienen un nexo común: su más crudo materialismo, pues ninguna impone un freno a las pasiones, sino que únicamente propicia la disminución de la natalidad, usando procedimientos anticoncepcionales, basados en el más exagerado egoísmo.

El plan no puede haber sido mejor ideado, partiendo de Maltus. que aconseja una castidad recomendable; pronto se pasa al neomaltusianismo, pero, como este no ofrece al puritanismo anglo-sajón las suficientes garantías, ya que el protestantismo, al desechar todo rastro de vida interior, todo control de los movimientos íntimos en beneficio de la apariencia externa de la virtud, necesitaba buscar una justificación con ciertos visos de legalidad, llegó al Birth-Control, que se va extendiendo lentamente a todo el mundo, pudiendo asegurarse que hoy ningún pueblo de raza blanca se ve libre de este terrible mal; más aún, a todas partes donde ha llegado la civilización europea, allí también han llega-

do, como complemento, las prácticas neo-maltusianas, y aquello que alarmó a los espíritus suspicaces, sobre la posibilidad de un peligro amarillo, va a ser una triste realidad, porque la raza blanca ha entrado, desgraciadamente, en el ocaso, a causa de su propio pecado.

He de decir aquí dos palabras sobre el método de Ogino y Knaus tan en boga y al que tanta trascendencia se le da. Conceptúo que aquellos que lo practican, sin motivo grave, obran egoístamente e infieren a la Divina Providencia un serio agravio.

Contra estos males profundos es que la Iglesia ha alzado su voz y ha fustigado enérgicamente a sus sostenedores y propagadores, llamando la atención sobre el peligro que corre la civilización occidental, con la adopción de estos sistemas de limitación de la natalidad.

Los males que estas prácticas acarrearán a la salud material y moral de la familia, son incalculables y repercuten tanto en el esposo como en la esposa y resienten profundamente el sentimiento de la paz y del orden en la familia. He de pasar por alto la enumeración de un sinnúmero de afecciones graves e incurables que no tienen otro origen que este; sólo me he de referir a un solo aspecto, el más interesante hoy en día, la faz psíquica.

El número de enfermos mentales es alarmante a pesar de todas las medidas profilácticas que se tomen y de la preocupación de las autoridades sanitarias. En Inglaterra llegó la cifra de alienados en 1871 a 69.000 y en 1925 pasan de los 200.000.

La causa no es otra que la adopción en un gran número de familias de estas prácticas anticoncepcionales que alteran profundamente, primero el equilibrio mental de la esposa, de la encargada de dar caracteres más propios al sér después por un acto reflejo del sistema vegetativo y central. Y las generaciones futuras ya traen tal debilitamiento de su sistema nervioso, que al menor choque, en el correr de los años, se desencadena el terrible drama de una demencia. Con razón, un celebrado alienista, ha dicho, hace poco, que el aumento desmedido de estas enfermedades era una característica propia de la época.

Inútil será, si se quieren aumentar los índices de natalidad, dictar leyes de carácter eminentemente paganas, pues, como dije al principio, la sociedad atraviesa un período de honda crisis

moral; es necesario reaccionar, todavía estamos a tiempo; quizás mañana sea ya tarde.

Tanto el estado como la sociedad deben procurar desterrar de nuestras legislaciones todas aquellas disposiciones que conculquen la santidad del matrimonio. Y a nosotros, católicos, nos corresponde por nuestra situación especial, por nuestra influencia, trabajar porque, pronto, todo nuestro pueblo se vuelva a Cristo, único remedio, ya que, como dice San Pablo, Cristo es la solución de todo problema, es el remedio de todos los males.

Ojalá que pronto pudiéramos decir como Vuillermet, en el epílogo de su estupendo libro "El Suicidio de una raza": "Si la primera parte de mi trabajo ha sido como un clamor fúnebre, yo quiero que la última sea un grito de esperanza y que todos oigamos el clamor de nuestra Patria que nos ha de decir, como a ellos en este día glorioso de su independencia: "A vosotros que me amáis, a vosotros que recordáis mi glorioso pasado, a vosotros que no habéis olvidado que yo soy la reina de las naciones, os suplico, dadme más hijos, porque, si no, moriré. Oíd la voz de las generaciones desaparecidas, desde el fondo de sus tumbas, que guardo con celo como una prenda de resurrección; esa legión de santos, de héroes, de genios, donde reside mi grandeza, os pregonan, salvad su herencia".

"Jóvenes, por mí, guardad pura la sangre que corre por vuestras venas, no la dilapidéis en locas orgias. Vuestra sangre es la mía, ha pasado por las venas de vuestros antepasados, cargada de virtud y de heroísmo, transmitida intacta a aquellos que esperan de vosotros una vida y que vosotros no habéis recibido como un préstamo".

"Hombres en la plenitud de la edad, recordad vuestra sublime misión. Necesito ciudadanos íntegros, hogares verdaderamente franceses, que lloren cuando yo esté triste y que canten cuando me sonría la victoria. Más hijos, para que funden familias numerosas donde continúen floreciendo las virtudes ancestrales, mi más magnífico patrimonio".

AURELIO REVOL